

Pregón Fiestas de la Candelaria.

Hola. En primer lugar, muy buenas tardes a todos y gracias por haber venido, no sólo a escucharme, sino a participar de las fiestas que se nos presentan y a las que se supone que este pregón da el pistoletazo de salida (lo del pistoletazo es un decir, no penséis mal al mirarme),...

La verdad es que no sé cómo empezar, o cómo desarrollar éste, digamos, pregón, que tampoco sé por qué se llama así, aunque si atendemos a lo que significa la palabra, pregonero era aquel que anunciaba algo, y en este caso, se trata de las fiestas de la Candelaria, celebradas en honor a Santo Domingo de Guzmán. A la mente me viene el hombre aquel que venía antiguamente (o por lo menos hace muchos años), y anunciaba las películas, o el que por orden de los Ayuntamientos anunciaba lo que aquellos le pedían que hiciese.

Cuando María José me llamó para preguntarme si quería ser el pregonero de este año, en las fiestas de la Candelaria, antes llamadas del emigrante, por la imposibilidad que tenían estos de acudir a las fiestas de verano, no sé ni cómo le pude decir que sí, pues por una parte el honor que se me presentaba no merecía ser pasado por alto, pero por otra, conociéndome yo a mí mismo, sé que me cuesta mucho hablar en público, mejor dicho, ante un público que me conoce y que el tema a desarrollar no es profesional (esto se me da algo mejor), sino personal y emocional.

Con el corazón en la mano creo que hay muchísimas personas que tendrían más mérito que yo para este acto, pero, repito, es un honor que pensarán en mí, en el hijo de Aniceto, como me conoce mucha gente, pudiendo haber comprobado que, si físicamente no me conocen, cuando digo que soy el hijo de Aniceto, entonces ya me conocen todos y creo haber advertido, que hasta se alegran de saludarme y aunque solo fuera por educación, no podía dejarlo pasar. Por eso, tras un pequeño titubeo, acepté el reto con orgullo y agradecimiento a quienes han pensado en mí para ello.

Creo que no tengo que decir que nací en Castelléjar y que todos o casi todos los presentes habéis conocido a mis padres y a mi familia.

Igualmente pienso que no debo hablar de ellos, de los que todos tendréis vuestra opinión, y sobre la que yo, aquí, en cuatro palabras no creo que pueda desarrollar. De todas formas, tal y como yo los he conocido, supongo que habrá muy pocas personas que puedan pensar, lo que se dice, mal de ellos. Por eso me siento orgulloso de haber sido su hijo.

Como anécdotas de ellos, recuerdo que mi madre siempre quería dejar claro que ella era Nati la de Aniceto, y no Aniceto el de la Nati, como se decía de otra persona que también se llamaba así. Como comprenderéis, eso, a mi padre, le hacía sentirse más ancho que largo.

Con respecto a mí, bueno, pues los mayores que me conocieron de pequeño, supongo que también tendrán una opinión formada, y posiblemente en eso sí coincidamos: al parecer era bastante traviesillo; fui monaguillo, (no sé si eso es bueno o malo), pero lo que sí puedo decir es que recuerdo momentos de esa época con ilusión y hasta nostalgia, cuando Paquillo el del

Horno, el más antiguo y considerado el jefe de los monaguillos, iba a la escuela y le decía a D. Bartolo o al que le tocaba: "que ha dicho el cura que tiene que venir el Javier para preparar una misa de boda, o de difuntos o simplemente para algo de la iglesia", y con eso me sacaba de la escuela y nos íbamos a cortar las hostias de los panes y a comernos los recortes. Por cierto, ningún maestro puso pegos a las órdenes del cura que, debido a mis neuronas, no recuerdo su nombre. Creo recordar que estuvimos con D. Atanasio, D. Francisco, D. Eusebio y algún otro de cuyo nombre no consigo acordarme. Gracias a mis padres tuve una infancia que, hoy en día recuerdo con emoción e ilusión, pues a pesar de los problemas económicos que pudieran padecer mis padres, y que después he conocido, ni mis hermanos ni yo tuvimos constancia de ello. Vivíamos sin que nos faltara nada; también es verdad que en aquella época, con poco se pasaba pues la ropa no era la de ahora ni los juguetes los que suelen pedir los niños de ahora. Nosotros hacíamos arcos, jugábamos con espadas, nos columpiábamos en los palos que se apilaban junto al corral de Alfredo el Alcalde, del que recuerdo los pavos reales que tenía y que de vez en cuando saltábamos al corral para coger alguna pluma. Otras veces nos íbamos a recorrer los cerros y de esa forma echábamos las tardes.

De esa época no puedo dejar de mencionar a personas como Luis el Latas, que para todos era EL MAESTRO, pues era el más listo de todos nosotros. Siempre he pensado que ha sido un verdadero desperdicio de esa inteligencia, y que en otras circunstancias y época, podía haber sido mejor aprovechada, pero el ayudar a sus padres en los trabajos del campo no le permitieron hacer otra cosa.

Con respecto a los trabajos del campo, no puedo dejar de mencionar los momentos tan felices que he pasado con mi tío José Antonio, que me llevaba con él cuando aventaba en las eras y por la noche nos quedábamos a dormir para guardar el trigo. Mis tíos me querían como si fuera su hijo.

Como anécdota en esas épocas, recuerdo también algunos días, en lugar de ir a la escuela, concretamente con D. Eloy, nos íbamos a bañarnos al remanso Cayetano. Cuando mi padre se enteró, (se lo diría D. Eloy, que vivía frente a nosotros), mi padre iba a buscarme y me subía desde allí hasta mi casa tirándome de las orejas, (por eso creo que las tengo tan abiertas, aunque supongo que me tiraría cada día de una).

De la época escolar, también viene a mi memoria, cuando todas las mañanas, algunas tan frías que nos salían sabañones en las orejas, en el patio de las escuelas, se izaba la bandera, se cantaba el cara al sol y se rezaba.

Quiero dejar claro que solamente es una anécdota, sin ningún matiz político, porque era lo que había y lo que se hacía, y eso no se puede borrar y porque en esa época, ninguno de nosotros podía pensar en otro tipo de política diferente de la que se enseñaba. Tampoco recuerdo que entre los mayores hubiera diferencias políticas, o por lo menos yo no las conocí.

Con respecto a las escuelas y a los maestros, quiero aclarar que gracias a los maestros que tuvimos, D. Miguel, D. Gabriel, D<sup>a</sup> Carmen, D<sup>a</sup> Petra, D. Jesús, D. Emilio, D. Eloy, y otros cuyo nombre no recuerdo, pero no por eso dejan de tener su importancia, después, en mi vida profesional, no me he encontrado conocidos del pueblo en el bando contrario al mío. Supongo que algo bueno harían con todos nosotros.

También recuerdo, cuando llegaba la feria y se montaba en las eras bajas la plaza de toros. Mientras estaban todos los que trabajaban haciendo hoyos para clavar los palos y hacer así el cercado, los chavales no parábamos de dar por saco, y entonces, para quitarnos de encima, nos enviaban al bar de Angelillo el Chuchaina a por el nivel de la plaza de toros, con la excusa de que luego nos darían una entrada gratis. Creo que no tengo que recordaros lo que era ese nivel. Por supuesto la entrada gratis nunca llegó. Ya en la feria, después de que Pedro Terrón soltara los globos de aire en la Plaza Nueva, los críos íbamos a robar melocotones para dárselos al tío de la barca, para que nos montara en los columpios (le volvían loco los melocotones y de esa fruta, Castelléjar ha podido presumir durante bastante tiempo). Y corríamos delante de los cabezudos, que por cierto nunca más los he visto. O cómo nos íbamos a la carretera, junto al molino, a esperar el correo y engancharnos en la escalerilla de atrás, para subir hasta la parada, en la puerta de Federico, y después casi todo el pueblo a la puerta de Leandro el Correo, a ver si te nombraba y te tiraba la carta por encima de todas las cabezas que allí se juntaban.

Después empezó el crecimiento y ya los entretenimientos eran otros. Empezamos a descubrir que había chicas y que nos gustaba estar con ellas. Para eso, en la calle mayor mientras los mayores se sentaban en las mesas del bar que había, nos dábamos los paseos, calle arriba, calle abajo, los chicos por un lado, las chicas por otro, y simplemente mirándonos, hablando y riéndonos unos de otros. Dicen que ahora es más fácil ligar, pero entonces costaba bastante.

Fuimos avanzando y conocimos que los mayores tenían formada una peña, la Peña Grande, y se reunían y hacían bailes y nosotros formamos otra, la Peña Chica, y para poder hacer bailes, primero teníamos que aprender a bailar. A mí me enseñó mi madre, en la terraza de Pepe Leonés, donde todos los domingos, se hacía baile, y recuerdo que fue con las cumbias de los Tres Sudamericanos, concretamente "Cartagenera Morena" o algo así. Por eso empezamos a organizar bailes, pero como no sabíamos que excusa preparar para que vinieran las niñas, íbamos a pescar cangrejos y así organizábamos el baile, casi siempre en el bar de Angelillo el Chuchaina. Otras veces asábamos conejos en el horno de Pepe el de la Leo, que como era uno de nosotros, no nos cobraba. Recuerdo que algunas veces el dinero lo sacábamos vendiendo cangrejos a Perico Terrón, cuando tenía el bar en las cuatro esquinas, a peseta la docena. Y sacábamos dinero.

Por esa época ya se organizó el Teleclub, y hacíamos bailes en la casa de Tervina, que está junto a la de Julio Carasa, o en la terraza de Julio Carasa, o incluso los domingos por las mañanas en un salón de Jesús Parra, frente a la iglesia. Como dicen los jóvenes de ahora, teníamos más vicio que una mata de grifa.

Luego vino la época de tener que ir a estudiar a Granada y ya solo venía en vacaciones, pero no dejaba de pensar en el pueblo.

Todavía no sé por qué no me busqué una novia de aquí y hubiera disfrutado del pueblo todo lo que he deseado, pero el destino hizo que no fuera así, y al marchar a Barcelona, donde también tuve contactos con gente del pueblo, recordando especialmente mis encuentros con Miguel, el hermano de Matías, Ángel Martínez, el hermano de María la de Santiago, y sobre todo Eugenio en de la Fragua. Pero la distancia complicó bastante las posibilidades, eso unido a que mi mujer no me ha seguido en mis deseos de venir, y al principio, ya se sabe, le haces

caso; menos mal que Dios me iluminó a tiempo y dejé de obedecer órdenes o deseos manifiestamente injustos. Por eso, cuando, al venirme destinado a Málaga y contactar con paisanos como Manolo y Pepe Luis, los hijos de Pepe el herrador, empecé a venir otra vez. Manolo me hizo hermano de la cofradía de la Virgen del Rosario, me sumé a la Hermandad de las Ánimas, y comencé a disfrutar del pueblo y de sus gentes como nunca debí haber dejado de hacerlo.

Tengo que hacer mención especial al recibimiento que estas hermandades me hicieron la primera vez que vine, y que no sé describir con palabras. Es algo que guardo para mí y que no podré olvidar mientras viva. Desde aquí quiero dar las más efusivas gracias a todos ellos, y hacer mención especial a José “Candelas” (que en paz descansa) que, por lo menos, conmigo, siempre se ha portado de forma entrañable.

Ni que decir tiene que el cambio que había experimentado el pueblo en todos estos años no es fácil de describir, por supuesto en sentido positivo y supongo que el mérito lo tienen los que durante todo ese tiempo han seguido viviendo en él y los que, desde entonces lo han dirigido.

Otra ventaja de venir a Málaga y estar cerca del pueblo, ha sido el organizar un momento entrañable al reunirnos cuatro de los más amigos de siempre, Ramón el de la Caja, Pepe Vico, Pepe el de la Leo y un servidor, y comer y jugar a los chinos, a las caras (como se hacía en las eras), y hablar de nuestras cosas, contarnos cosas del pueblo, etc...

No quiero alargar más este pregón, pero sí dejar bien claro que al menos hay fechas en las que contra viento y marea, no pienso dejar de venir y animar a todos los que conozco, que son del pueblo a hacerlo, y son el Domingo de Resurrección, la Feria, estas fiestas de la Candelaria ( desde hoy me comprometo a incluirlas) y la Virgen delo Rosario. A ésta he fallado bastante, pero espero no seguir haciéndolo.

Por supuesto no quiero dejar de dar las gracias a un montón de personas: Pepe y Carmela, Matías, Carmelo Gallardo, Miguel Hernández, Manolo del Rincón, el Perla y su familia, en fin, al pueblo entero y como no, a las distintas corporaciones municipales, que me han permitido tener el honor de presidir las corridas de toros, y en particular a la presente, que ha pensado en mí para pronunciar este pregón. Gracias a todos y que las fiestas se desarrollen con la más absoluta normalidad y felicidad para todos los que participan.

¡Viva Castilléjar!

¡Viva Santo Domingo de Guzmán!

¡Viva la Virgen del Rosario!

Málaga, 2 de Febrero de 2007

Francisco Javier López Cuartero